

## La última encrucijada: Emilia Pardo Bazán ante la Gran Guerra

Isabel Burdiel  
 (UNIVERSITAT DE VALÈNCIA)  
 isabel.burdiel@uv.es

(recibido xaneiro/2016, revisado febreiro/2016)

RESUMEN: Este artículo tiene como objetivo analizar la posición de Emilia Pardo Bazán en el debate entre *aliadófilos* y *germanófilos* en España durante la I Guerra Mundial. Su defensa de una postura neutral en el conflicto creo que debe entenderse, más allá de las sin duda importantes preferencias personales y consideraciones de oportunidad, como parte de su proyecto de ampliar las nociones partidistas de qué cosa era *lo político*. Para tratar esta cuestión analizo la imbricación entre su lenguaje feminista, nacionalista y estético.

PALABRAS CLAVE: I Guerra Mundial, España, neutralidad, anglofilia, germanofilia, política, feminismo, nación, estética.

ABSTRACT: The aim of this article is to analyse Emilia Pardo Bazán's attitude to the debate between *pro-Allied* and *pro-German* sentiment in Spain during the First World War. I think that for an understanding of her defence of a neutral attitude in the conflict we must look beyond personal preferences and opportunistic considerations and see it as part of her objective of broadening partisan notions of what *politics* was. To address this question I analyse her interweaving of feminist, nationalist and aesthetic language.

KEY WORDS: First World War, Spain, neutrality, pro-allied, pro-german, politics, feminism, aesthetics.

“Os abruman, os pinchan, os demuestran, en cinco minutos, que tenéis el estricto deber de ser algo, y de serlo con rabia. ¡Con exclusivismo, con alma, con vida! (...) A mí me ha placido (sería ordinario escribir que me ha dado la gana) permanecer neutral en esta nunca vista y descomunal contienda”<sup>1</sup>.

Con esa contundencia se refería Emilia Pardo Bazán a su postura ante el debate entre *aliadófilos* y *germanófilos* que dividía a la sociedad española desde el estallido de la *Gran Guerra*. El 7 de agosto de 1914 España había sido declarada neutral por el gobierno

<sup>1</sup> *La Nación* de Buenos Aires, 11 de enero y 7 de marzo de 1915. Cito en todos los casos de la edición de Juliana Sinovas. Emilia Pardo Bazán. La obra periodística completa en *La Nación* de Buenos Aires (1870-1921), A Coruña, Diputación Provincial de A Coruña, 1999. [La autora forma parte del proyecto HAR2014-53802-P].

conservador de Eduardo Dato y Doña Emilia parecía identificarse con esa opción. Sobre todo en sus primeras manifestaciones públicas al respecto, utilizó los mismos argumentos que el gobierno y alguno más explícito de su cosecha: el país no estaba preparado ni tenía recursos para entrar en guerra; estaba embarcado en un conflicto difícil, impopular y oneroso en Marruecos; dado que no pertenecía ni a la *Entente Cordiale* ni a la *Triple Alianza* carecía de compromisos necesarios y “además no sabe que bando le conviene más”<sup>2</sup>.

.....

Como ha escrito Maximiliano Fuentes, tras un momento inicial de indecisión y de aceptación de la neutralidad, producto en buena medida de la creencia de que sería una guerra rápida, los campos de apoyo a cada bando se deslindaron de forma cada vez mayor. Desde 1915, la presión para definirse se fue haciendo realmente severa y crispada. A partir de 1916, y sobre todo en 1917, se hablaba ya abiertamente de una “guerra civil” que dividía al país, o al menos a los llamados *intelectuales*<sup>3</sup>.

En efecto, a pesar de que no intervino militarmente, España participó de lo que la historiografía de los últimos años ha denominado “cultura/s de guerra” y su posición fue fundamental para comprender el denominado “tercer frente” o “frente neutral” de la I Guerra Mundial. Esa historiografía ha realizado un triple movimiento que es útil tener en cuenta para evaluar la postura de Emilia Pardo Bazán. En primer lugar, la guerra ha dejado de considerarse como un bloque homogéneo y se ha fragmentado en diversas fases que afectaron a todos los aspectos implicados en ella, militares, políticos y culturales. En segundo lugar, ha enlazado las divisiones en torno a la contienda con las posiciones políticas divergentes, y cada vez más enfrentadas, suscitadas por la crisis del liberalismo y los retos del llamado “acceso de las masas a la política”. En tercer lugar, ha enfatizado los aspectos culturales de la guerra, diluyendo la separación tajante entre frente y retaguardia, entre movilización activa o pasiva de la población civil y, también, entre países beligerantes y países neutrales.

En este contexto, se ha renovado la visión que teníamos del papel desempeñado por los *intelectuales* en la movilización y la desmovilización de esas “culturas de guerra”. Fue precisamente en torno a aquellos años cuando el calificativo se convirtió definitivamente en sustantivo y los intelectuales hicieron acto de presencia como grupo, autopercebido y percibido social y políticamente como tal. Dejaron de ser tratados como individuos aislados y fueron entendidos como un colectivo con relaciones complejas pero estrechas con los medios de reproducción e influencia del poder, mediadores privilegiados entre éstos y la sociedad en su conjunto. En España, la Gran Guerra fue el “laboratorio de unas ideas, de unos conceptos, de unas actitudes político-culturales y unos ejercicios de intervención

<sup>2</sup> *Ibidem*, 27 de diciembre de 1914

<sup>3</sup> Maximiliano Fuentes, *España en la Primera Guerra Mundial*, Madrid, Akal, 2014; Gerald H. Meaker, “A Civil War of Words: The Ideological Impact of the First World War on Spain, 1914-1918”, en Hans A. Schmidtt (ed.) *Neutral Europe Between War and Revolution, 1917-1923*, The University Press of Virginia, 1988; pp. 1-65 y Carolina García Sanz et.al. *Shaping Neutrality throughout the First World War*, Universidad de Sevilla, 2015.

pública de los intelectuales que acabaron explotando en las décadas posteriores y que no pueden comprenderse al margen de ella (...) El carácter militante asumido por muchos intelectuales durante la guerra, la movilización cultural expresada entre 1914 y 1918, se convirtió en una guía de lectura para la política, la cultura y las actitudes asumidas en los años veinte y treinta”<sup>4</sup>.

Doña Emilia murió al comenzar la década de los veinte y sobre qué habría hecho después tan sólo podemos especular o, en el mejor de los casos, proyectar por analogía con otros intelectuales contemporáneos que la sobrevivieron y asistieron a la dictadura de Primo de Rivera y al ascenso del fascismo en España. Mientras tanto, de lo único que podemos estar seguros es de que siempre llevó muy mal ser identificada con un grupo o un colectivo, que tras su juvenil militancia carlista no volvió a ser militante de nada y que, en el panorama de discusión política del momento, sus protestas de neutralidad, y como veremos los argumentos que utilizó para defenderla, la convertían automáticamente en sospechosa de *germanofilia*. Para los contemporáneos, era evidente que si España entraba en la guerra habría de hacerlo de forma inevitable, por razones de geopolítica, en favor de los aliados y que su neutralidad favorecía a Alemania, a quien España le servía poco como aliada combatiente pero que podía resultar muy molesta como retaguardia activa de Francia. Neutralistas y germanófilos, a partir de 1915 fueron en general unos y los mismos.

Cuando, en agosto de 1914, la actividad política de su amigo Miguel de Unamuno en favor de los aliados alentó la decisión del ministro Rafael Bergamín de destituirlo como rector de Salamanca, Doña Emilia era ya muy consciente de lo espinosa que podía ser para ella la neutralidad. “Y no se crea que, así como así, es tan fácil cosa mantenerse neutral. No les ha valido a muchas naciones europeas querer serlo, porque las han atropellado, y a mí sencilla célula individual, tampoco se me consiente mi serenidad de juicio y mi independencia de criterio; existe una tácita conjura para afiliarse, no sólo a mí, sino a todos. Lo primero que nos preguntan, en teatros, paseos, tés de hoteles, visitas, tribunas del congreso: ¿Es usted germanófilo? ¿Es usted francófilo? (...) yo quisiera ser “filonada”, o “filotodo”, que será más justo! (...) Unos sacan a relucir el orden social comprometido si triunfan los franceses; otros, la cultura humana, la libertad, el derecho, representados por la victoria de los aliados (...) en mis crónicas he procurado seguir la impresión de los sucesos del momento, lo cual es ley de este género rápido, cambiante y actual. Por eso unas veces pareceré germanófila y otras francófila, no siendo ni esto ni aquello, sino espectadora emocionada (...) Mis simpatías personales, que son para Francia y Bélgica (para Inglaterra no tanto), no me quitan la vista ni la imparcialidad. Reseño y contemplo”<sup>5</sup>. Unos días antes de enviar el texto anterior a Buenos Aires, escribió casi lo mismo para *La Ilustración Artística* de Barcelona: “La gente ha tenido siempre la manía de afiliarme. Por cualquier acto sencillo e impremeditado de la vida, por cualquier cláusula que brota al correr de la pluma, he sido alternativamente (hablo sólo de estos últimos años) maurista, romanonista, datista, ciervista, radical, reaccionaria, beata, subversiva, ¡qué sé yo! No se convencen de

<sup>4</sup> Maximiliano Fuentes, op. cit; p. 220. Para una valoración ya clásica sobre la figura europea del intelectual, Christophe Charle, *Les intellectuels en Europe au XIXe siècle. Essai d'histoire comparée*, Paris, Seuil, 1996.

<sup>5</sup> *La Nación* de Buenos Aires, 11 de enero de 1915.

que soy la persona más independiente, por lo mismo que mi sexo no me permite tomar parte en política; y a cambio de la desventaja de no aspirar a ninguna cosa, tengo la ventaja de no pensar por pauta ni sentir por papeleta (...) Me resigno a recibir por correo una serie de cartas y artículos enojados y, en el mismo cajón, guardo las que me acusan de ingrata con Francia y los que me ponen de vuelta y media porque he calificado de vandalismo la destrucción de la catedral de Reims”<sup>6</sup>.

Todos los argumentos que Pardo Bazán manejará a lo largo de la guerra se encuentran más o menos apuntados en los textos que acabo de citar y que corresponden a los primeros meses de la contienda: una férrea defensa de su independencia de criterio y alergia explícita al encuadramiento político; argumentos feministas para vehicular la crítica al liberalismo de su época y, también, utilización de los mismos para legitimar su postura neutral; una abierta simpatía *personal* por Francia y Bélgica y una clara antipatía *personal* por Inglaterra. Finalmente, pero no en último lugar, un protagonismo importante de las razones de orden estético y cultural. Todos ellos apuntan a una de las cuestiones más debatidas entre los especialistas en Pardo Bazán, precisamente aquella que Doña Emilia trató siempre de evitar: su alineamiento con una u otra de las ideologías que se disputaban el campo político durante los años de crisis final del régimen de la Restauración.

Este artículo trata de contribuir a ese debate a partir de una primera reflexión sobre sus publicaciones durante la guerra mundial que tratan directamente el tema. Para ello quiero hacer tres consideraciones previas de orden metodológico. La primera, la necesidad de ampliar nuestra noción de *lo político* en la línea de la renovación historiográfica de los últimos cuarenta años lo cual significa, tan sólo para empezar, trascender la identificación de la acción política con las instituciones estatales y los partidos. En segundo lugar, y al hilo de lo anterior, quizás convenga recordar que las culturas políticas son siempre internamente conflictivas, porosas respecto a otras culturas, que suelen cruzarse entre sí, en sus elementos constitutivos y objetivos y que esto ocurre en la lucha que las enfrenta o en las negociaciones más o menos puntuales, o incluso de fondo, a las que son capaces de llegar. En tercer lugar, me gustaría insistir en la importancia de atender de manera simultánea a los cambios sustanciales que se han operado en nuestra noción de qué es un sujeto histórico. Cambios que en ocasiones son más invocados como referentes retóricos que practicados en el análisis. De lo que se trataría sería de integrar en el análisis concreto las posibilidades de hibridación, ambivalencia, mestizaje o incluso fragmentación interna de los personajes que estudiamos de una forma que trascienda la nostalgia de unidad y coherencia a que suele remitir la noción clásica de *contradicción*. El objetivo es someter a escrutinio las nociones fuertes, y más o menos esencialistas, de *pertenencia* que no son a menudo las más útiles para comprender a la gente del pasado, o del presente.

Creo que todo ello puede ayudar a entender mejor las continuidades y los cambios en la ideología política de Pardo Bazán que fue siempre, a mi juicio, especialmente porosa en lo que se refiere al cruce de culturas e internamente conflictiva por lo tanto, híbrida,

<sup>6</sup> *La Ilustración Artística*, n° 1719, 7 de diciembre de 1914. Cito en todos los casos de la edición de Carlos Dorado de la serie *La Vida Contemporánea* que publicó Pardo Bazán en esa revista entre septiembre de 1895 y diciembre de 1916. Madrid, Hemeroteca Municipal de Madrid, 2005.

mestiza e incluso fragmentada en el sentido a que acabo de refirme. Quiero argumentar que esto fue así, precisamente y entre otras razones, por su desafío constante a las nociones convencionales de su época respecto a qué cosa era *lo político* y en qué consistía ser conservador o progresista.

.....

En España, la simpatía social por Alemania fue posiblemente la más extendida entre los países neutrales. Fueron partidarios de Alemania la mayor parte de la Iglesia, de la aristocracia y de la corte (con la excepción del rey y la reina), la práctica totalidad de las derechas (incluido el maurismo que Pardo Bazán admiraba y a pesar de la ambivalencia del propio Maura) así como la mayoría del carlismo, aunque Don Jaime fuese partidario de Francia. Los nacionalistas vascos y catalanes se mostraron divididos y la mayoría de los intelectuales, con escasas excepciones como las de Jacinto Benavente o Pío Baroja, fueron aliadófilos como lo fueron abrumadoramente las izquierdas. Para ellos, ser neutralista no sólo era ser germanófilo sino que, como dijo un periódico catalán, “en el fondo del movimiento (...) no hay más que un poso reaccionario”. Por su parte, Manuel Azaña, que fue un activo militante aliadófilo, afirmó al presentar a Whitney Warren en el Ateneo de Madrid el 10 de enero de 1917: “El que no toma parte en la guerra civil, es un enemigo público” y por lo tanto “es evidente la ilicitud moral de la abstención en la guerra”<sup>7</sup>.

Reaccionaria, enemigo público e ilícita moralmente. Esas eran, por lo tanto, las acusaciones a las que se enfrentaba Pardo Bazán manteniendo su postura neutralista. Una postura que, como veremos fue evolucionando a lo largo de la guerra pero que nunca abandonó del todo. Su fascinación por Alemania, y sobre todo, su decidida colaboración en la hipertrofia del lenguaje nacionalista (que compartía por cierto con la mayoría el arco político e intelectual de la época) fueron evidentes desde los momentos iniciales de la contienda. De hecho, cuando el 20 de julio de 1914 escribe sobre el atentado de Sarajevo –utilizado como desencadenante del conflicto y en el que fueron asesinados el heredero de la corona austrohúngara y su esposa– considera que “amengua un poco el espanto” saber que no fue producto del “nihilismo anarquista” sino que tuvo un objeto que “parece que está dentro de la lógica de la historia (...) un brote (todo lo bárbaro que se quiera) de nacionalismo. Y esto ya varía; esto no va contra la sociedad; no es destruir por destruir, ciegame (..) los matadores procedieron movidos por ese sentimiento cardinal, tan disminuido en nuestros días: el amor a la patria”<sup>8</sup>.

Es precisamente ese “amor a la patria”, es decir, su firme entrega al lenguaje de la nación, la guía fundamental que emplea, una y otra vez, para comprender el conflicto y definir su posición ante él. El otro lenguaje será el feminista y, el último y definitivo, el lenguaje estético.

La guerra para Doña Emilia era previsible, era una guerra anunciada por la escalada armamentística de las potencias y por la necesidad de Alemania de adelantarse para evitar el crecimiento de la fuerza de sus enemigos, en concreto de los rusos, pero también de los

<sup>7</sup> *El Poble Catalá*, 27 de agosto de 1915. Cit. Maximiliano Fuentes, op. cit; p. 67 y pg. 166.

<sup>8</sup> *La Ilustración Artística*, nº 1699, 20 de julio de 1914.

ingleses que venían, a su juicio, planeando hacía tiempo una especie de guerra preventiva producto de su creciente paranoia anti-alemana. La defensa del derecho internacional y de un país agredido, como Bélgica, fueron fundamentalmente utilizados para legitimar una estrategia contra Alemania de largo recorrido, previa a esos hechos. Es decir, Pardo Bazán, hizo suya desde el principio la línea argumental alemana y austríaca que hoy sustenta la llamada “historiografía revisionista” anglosajona<sup>9</sup>. Las opiniones al respecto son muchas y tan sólo voy a reproducir dos. Una de carácter casi exhortativo: “Madruga, Pedro, madruga, les diría, en términos menos castizos españoles, la verdadera prudencia, la que no inhibe, sino que empuja, llegado el momento propicio y que ha de pasar rápido”<sup>10</sup>. Otra más distantemente analítica e igualmente clara: “La guerra no se declaró por voluntad de Alemania, a pesar de los preparativos que tenía hechos la nación, y bien se ve ahora cómo eran de formidables y complicados. Sin duda fue Inglaterra la que prendió la mecha, con disimulo pero con seguridad”<sup>11</sup>.

“La fuerza me subyuga, tome la forma que tome” había escrito en 1909 a propósito, lo que no deja de ser interesante, de dos imágenes que decidió tratar juntas en un artículo para el *Diario de la Marina* de La Habana: la de los bellos marineros alemanes de una fragata atracada brevemente en A Coruña y las noticias que le llegaban de Inglaterra sobre el activismo de las mujeres sufragistas<sup>12</sup>.

La fascinación por Alemania, recurrente en los medios germanófilos, se expresa claramente en una temprana crónica para *La Nación* de Buenos Aires: “Lo de Alemania nos parece, a nosotros (...) un caso de grandiosa sublimidad. Cometa o no abusos, violaciones de neutralidad de territorios, haga lo que haga, la gigantona es una valiente. ¡Digo! (...) Tan extraordinaria y nunca vista aventura coloca a Alemania al nivel del caballero andante más quimérico”. La alusión al quimérico caballero la lleva a establecer una comparación entre la Alemania de principios del siglo XX y la España del siglo XVI, ambas grandes, ambas enfrentadas al mundo entero y ambas objeto de resentimiento, de difamación, de leyendas negras. “La hegemonía, apetecida o lograda, cuesta mucho, y las alturas traen el rayo del odio (...) ¡Qué sombra proyectan estos árboles gigantes y cómo molesta el ser asombrado!”. “En esto hay belleza. Negarla sería no entender de estética histórica”<sup>13</sup>.

<sup>9</sup> Aunque no es convencionalmente *revisionista*, defiende la tesis de la responsabilidad compartida, Christopher Clark, *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Madrid, Galaxia Gutenberg, Más abierta y polémicamente, Niall Ferguson, *The Pity of War, 1914-1918*, Londres, Penguin Books, 1999 y Nicholas A. Lambert, *Planning Argamedon. British Economic Warfare and the First World War*, Harvard University Press, 2012. Ver también, Holger Afflerbach y David Stevenson, *An Improbable War? The outbreak of World War I and european political culture before 1914*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books, 2007. Es vívidamente expresivo Stefan Zweig, *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*, Barcelona, Acantilado, 2002 (1ª edición de 1942).

<sup>10</sup> *La Ilustración Artística*, n° 1705, 17 de agosto de 1914.

<sup>11</sup> *La Ilustración Artística*, n° 1717, 23 de noviembre de 1915.

<sup>12</sup> *Diario de la Marina*, la Habana, 22 de agosto de 1909. Edición de Cecilia Heydl-Cortínez, Madrid, Pliegos, 2003; p. 48.

<sup>13</sup> *La Nación* de Buenos Aires, 12 de septiembre y 5 de octubre de 1914. *Diario de La Marina*, 10 de octubre de 1914.

Aquella evidente fascinación por la fuerza de Alemania, no le impide insistir en su simpatía *personal* por una Francia que, sin embargo, juzga decadente desde, precisamente, la derrota de 1870 en la guerra franco-prusiana y la instauración de un régimen republicano y laicista. Respecto a Inglaterra, la verdadera antagonista de Alemania en su lucha por los mercados y la hegemonía mundial, su postura no puede ser más abiertamente hostil. “Los ingleses me interesan tanto como les intereso yo a ellos...y es bastante”<sup>14</sup>. Las concomitancias entre su discurso y el del carlista Juan Vázquez de Mella (a quien alaba en varias ocasiones y que tuvo una gran influencia en el ámbito germanófilo español) son evidentes. Ambos –y también otros germanófilos ilustres como Edmundo González Blanco– consideraban que Inglaterra era la verdadera agresora que había forzado a Alemania a la guerra e insistían en la necesidad de no olvidar los agravios históricos contra España de “la pérfida Albión”. Vázquez de Mella, al igual que Maura y la mayoría germanófila, considera que una intervención española, en las condiciones internacionales y nacionales del país, no podría producirse más que en favor de los aliados y por ello defendían una neutralidad a todo trance que se hizo más ruidosa y agria ante la llegada al poder del gobierno liberal del conde de Romanones, en diciembre de 1915, a quien se le suponían intenciones de abandonar la neutralidad, como haría Portugal en marzo de 1916. “Unirse a Inglaterra, ayudar a Inglaterra –escribió Vázquez de Mella– cooperar con Inglaterra, es trabajar contra los intereses y las exigencias de España. Ser *anglófilo* resulta ser *hispanófilo*”<sup>15</sup>. Mantenerse neutral, escribe Pardo Bazán en 1916, cuando la propaganda alemana y aliada se incrementó exponencialmente tras la llegada al poder de Romanones, “es una obligación que nos impone el patriotismo, pensemos como pensemos. Por eso yo he rehuido firmar manifiestos, de los que han salido a la luz”<sup>16</sup>.

El recurso al patriotismo que, como hemos visto en el caso de Azaña y se podrían citar otros muchos casos, era común al discurso de aliadófilos y germanófilos no resulta, por ello mismo, lo más interesante de la argumentación de Pardo Bazán. Lo más interesante, junto con los juicios de orden estético y cultural que comentaré más adelante, es la utilización de razonamientos feministas para negarse a ser encuadrada de forma política, entendiendo por tal de forma partidista. Más exacta y ampliamente, lo que hace Emilia Pardo Bazán, es vehicular su crítica al liberalismo (que viene de muy atrás y no puede confundirse sólo con el antiparlamentarismo convencional de los años posteriores al noventa y ocho y durante la guerra) a través de su feminismo de manera que ambos, antiliberalismo y feminismo, se alimentan mutuamente. Al hacerlo, demostrando una vez más la modernidad de su inteligencia, trasciende el ámbito de la política partidista, guardiana de las definiciones de qué es ser conservador y qué es ser progresista, para entrar en aspectos relacionados con la representación cotidiana de demandas e identidades en su sentido amplio. Fuerza así el reconocimiento *político* de los múltiples conflictos, no necesariamente aceptados por la acción de gobierno o los partidos establecidos, en torno a la ocupación de una esfera

<sup>14</sup> *La Ilustración Artística*, 7 de diciembre de 1914.

<sup>15</sup> Juan Vázquez de Mella, *El ideal de España. Los tres dogmas nacionales*, Madrid, Imprenta Clásica Española, 1915; p. 92.

<sup>16</sup> *La Ilustración Artística*, n° 1777, 17 de enero de 1916.

pública entendida en términos de diálogo asimétrico sobre cómo y cuándo se alcanza, qué significa y como se define el poder, donde reside, como se resiste y subvierte. Somete a discusión, por tanto, la gestación y cristalización de las interpretaciones históricas respecto a qué es razonablemente *político*, cómo se concibe en una sociedad y en un tiempo histórico determinados y de qué manera afecta a la capacidad para imponer ciertas aspiraciones de reconocimiento y de autoridad y excluir otras; de qué forma, en suma, todo ello se ve definido en las luchas por imponer una forma particular como la única posible y legítima de hacer política<sup>17</sup>.

Me he propuesto huir como del fuego de la política. Me lo prescribe la más elemental prudencia. Me lo impone, además, el hecho tan notorio de que la mujer carezca de derechos políticos. Dada esta situación de la mujer, lo que haga en política tendrá que ser siempre un vuelo de gallina, un intento frustrado. El hombre (y hablo absolutamente en general, sin referirme en especial a nadie) no vacila en servirse de la mujer para fines políticos, y la embarca como ahora suele decirse, en protestas, en manifestaciones, en algunos actos colectivos que generalmente tienden a determinados fines, íntimamente relacionados con la política. Los partidos graves, conservadores, tienen sus damas blancas; los radicales, sus damas rojas. Lo que no tiene partido alguno, que yo sepa, en su programa, es un artículo por el cual se pida y se conceda, llegado el momento, los derechos políticos a la mujer. Y mientras un partido no abraza esta causa, no me inscribiré en sus filas. Sería peor delito: sería una simplicidad, el afiliarse sin esperanza ni objeto. La simplicidad fuera todavía mayor partiendo de una mujer que ha conseguido hacerse oír algo por el público. ¿Ni aun las que están en este caso pueden gozar de la plenitud de la soberanía? Pues que se abstengan de buscar pan a trastrigo, y que vean claro en el juego del hombre, que es utilizar la influencia femenina cuando le conviene, sin otorgar a las mujeres otro puesto que el de comparsas...<sup>18</sup>

La cita es larga pero creo que reúne bien, entre otras muchas que podrían traerse a colación, los argumentos que Pardo Bazán fue desgranando. Se ha dicho, algo precipitadamente a mi juicio, que su feminismo es un “feminismo aristocrático”. No creo que esa sea la cuestión fundamental más allá, efectivamente, de que ella era feminista y aristócrata. Puede que sea más interesante analizar el alcance y las limitaciones de su propuesta de desligar las convenciones de clase y partido de un programa feminista que reclamaba, por primera vez, su autonomía en cuanto tal. Un feminismo autónomo de las filiaciones partidistas convencionales de su época que se convierte en un ariete crítico que las pone radicalmente en cuestión e ilumina la política desde un ángulo nuevo.

<sup>17</sup> No es casualidad que en esa reevaluación de lo político tuviese un papel singular la obra de Joan Scott, en una lectura feminista de los planteamientos de Michel Foucault, Paul Ricoeur o Michel de Certeau. Ver, en concreto, Joan Scott, “History in Crisis? The Other’s Side of the Story”, *American Historical Review*, vol.94.3 (1989); pp. 680-692. “Por política entiendo no sólo las operaciones formales del gobierno sino las luchas en torno al poder, en el sentido de Foucault: el poder no sólo como una relación de represión y dominación sino también como un complejo de relaciones y procesos que producen efectos positivos: consenso social acerca de los significados de la verdad, la hegemonía de ciertos sistemas de conocimiento (la ciencia, por ejemplo, en el siglo XIX), los regímenes disciplinarios y académicos como por ejemplo la historia...” pp. 680-81. He desarrollado este tema, para la historia biográfica, en “Historia política y biografía: más allá de las fronteras”, *Ayer* 93, 2014 (1); pp. 47-83.

<sup>18</sup> *La Nación* de Buenos Aires, 11 de enero de 1915.



En este sentido, creo que Pardo Bazán plantea abiertamente que los planos de progreso del liberalismo y del feminismo fueron históricamente distintos. Sus centros de gravedad no coincidieron, tuvieron su propia medida interior y deberían ser evaluados en su especificidad y evitar establecer conexiones necesarias. Toda su obra al respecto, tanto la de ficción como la periodística, con su intensa carga dialógica, pone de relieve las tensiones y enfatiza las disonancias internas de *la modernidad* y *sus descontentos*. Sabía (y quería hacer saber) que cada época contiene en sí misma un conglomerado de tendencias, de posibilidades temporales, frecuentemente en conflicto. No existía, por lo tanto, una ideología unidimensional a la que adherirse naturalmente: había ambivalencias que era necesario explorar, enfrentándose sin ambages con la asimetría y las contradicciones, con el fuste torcido del dogma central de la modernidad: el progreso universal.

Otra cosa es, por supuesto, negar que Pardo Bazán fuese, especialmente a aquellas alturas de su vida, profundamente conservadora y elitista. Que se hubiese convertido además, como escribió con admirada comprensión María Martínez Sierra, en “una sierpe flexible y sabia”, muy consciente de en qué terreno se estaban jugando las divisiones políticas del momento y cómo afectaban a la recepción de las obras de todos los intelectuales españoles y europeos<sup>19</sup>. Sin embargo, y en unos años en que volvió a airearse su eterna candidatura rechazada a la Academia, las cuestiones de interés inmediato no agotan su definición política en el sentido amplio a que me refería antes ni la importancia que tiene su impugnación de que existiese, en su momento, una relación esencial entre liberalismo y feminismo, o incluso entre feminismo y democracia<sup>20</sup>. Algo que les recordó a las mujeres del Comité del Congreso Internacional en Favor de la Paz cuyo manifiesto también se negó a firmar: “Y como quiera que por ahora las democracias no se han despepitado, que sepamos, por el ideal feminista, mis correligionarias del Comité me perdonarán que separe este ideal del otro puramente político, y les diga que en cuanto mujeres que aspiran a mejorar su situación en el mundo, no tienen por qué ser ni dejar de ser demócratas”. Más explícitamente, “cada cual tiene sus propósitos, y yo tengo el de separar obstáculos de los que estorban a la mujer”<sup>21</sup>.

Frente a la identificación entre feminismo y democracia, Pardo Bazán propone otra, que le permite enlazar dos de sus lenguajes más poderosos: el nacional y el feminista. Tanto en su ficción como en sus ensayos, conferencias y artículos periodísticos, explora

<sup>19</sup> María Martínez Sierra, “La feminidad de Emilia Pardo Bazán” en Alda Blanco (ed.), *A las mujeres. Ensayos feministas de María Martínez Sierra*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2003; pp. 133-140.

<sup>20</sup> En esa línea argumentativa, de fondo, se movió más de veinte años después Virginia Wolf en *Tres Guineas*, 1938. En junio de 1914, *La Vanguardia* recogía la existencia de un manifiesto de “entusiastas admiradores de la condesa de Pardo Bazán” que, al hilo del Real decreto de 28 de mayo donde “terminante se declara que no hay precepto legal ni reglamentario que se opongan a que puedan se propuestas y admitidas las mujeres a formar parte de dicha Academia, creen llegado el momento de que, en uso del derecho reconocido en esta soberana disposición, la Condesa de Pardo Bazán ingrese en nuestra primera corporación literaria”, *La Vanguardia*, 27 de junio de 1914.

<sup>21</sup> *La Nación*, 28 de noviembre de 1915 y *El Día*, 7 de febrero de 1917. No puedo detenerme ahora en ello, pero, al hablar de esos obstáculos, Pardo Bazán celebra en varias colaboraciones periodísticas de esta época las ventajas indudables que estaba suponiendo la nueva posición adquirida por las mujeres durante la guerra. Con todos sus horrores, ésta había abierto un mundo de posibilidades para las mujeres y, en general, escribe también, para la democratización de la vieja sociedad y sus costumbres.

algo que, a mi juicio, tiene mucho que ver con el progresismo patricio de su padre: la cuestión crucial de cuál había de ser el papel *nacional* de unas élites nuevas, que hiciesen honor a la responsabilidad social y política que ella les atribuye, capaces de afrontar los desasosiegos del mundo moderno tal y como se percibía a sí mismo en la Europa y la España del segundo tercio del siglo XIX. Unas élites capaces de encauzar, dirigir y crear una nación verdaderamente moderna, española y europea a un tiempo. Un proyecto en el que el feminismo podía convertirse en un poderoso factor de nacionalización española. Regeneración nacional y feminismo fueron para ella uno y lo mismo.

En ese terreno, en el engarce concreto de ambos lenguajes, se encuentran, precisamente, las que podrían considerarse “limitaciones” o puntos débiles del planteamiento de Doña Emilia. La fragilidad argumental se hace más evidente al final de su vida y, en concreto, en el contexto del laboratorio de ideas que fue la crisis de fin de siglo en España, en esa “guerra civil de palabras” suscitada durante la I Guerra Mundial y que tanto tuvo que ver con las esperanzas y ansiedades suscitadas por el acceso de las masas a la política. En aquella encrucijada, Pardo Bazán pareció incapaz de pensar las consecuencias que para su proyecto nacionalizador y feminista representaba el elitismo anti-democrático del que crecientemente hacía gala. Su apuesta final por un regeneracionismo conservador de corte autoritario tiene mucho de ceguera y terror de clase. Todo en su entorno, en su familia directa, en las simpatías políticas de su hijo Jaime y de su yerno Cavalcanti, en la gran mayoría de sus amistades aristocráticas, la empujaba hacia el autoritarismo, probablemente con su siempre iconoclasta colaboración. Por otra parte, aquel ambiente hacía más difícil y más ardua su intención de mantener una posición equidistante entre Alemania y Francia pero sin duda fue aquel mundo el que finalmente abrazó, y al que respondían los lectores de los principales periódicos conservadores en los que colaboraba. En ese espacio fue, también, en el que intentó influir y hacer compatible su cada vez más torturada independencia de criterio como escritora y como feminista: “En cuanto mujeres, un tirano que nos concediera algo de lo que el hombre usufructúa y detenta, merecería nuestro apoyo”<sup>22</sup>.

Es conocido que en 1908 había saludado la dictadura de Joao Franco en Portugal como una solución razonable a las tensiones del momento: “...yo me pregunto si debemos asustarnos de tal palabra, o de alguna palabra; y vuelvo a preguntarme si no es esta la palabra que hace pocos años lanzaron a la circulación muchos españoles heridos en sus sentimientos patrióticos por las desventuras y el mal gobierno de nuestra nación, y si no fue Costa, el ilustre Costa, que es republicano, quien más nos deseó un *Franco* de hierro, un hombre enérgico que asumiese el poder y mandase sin cortapisas, destruyendo el imperio de las oligarquías y el caciquismo”<sup>23</sup>.

Más allá de su ceguera (o de su frivolidad) para advertir el carácter general de la pérdida de derechos civiles y políticos en una dictadura, Doña Emilia no tuvo reparo en poner en evidencia, sin los pelos en la lengua que trababan los discursos de muchos

<sup>22</sup> *La Nación* de Buenos Aires, 28 de noviembre de 1915.

<sup>23</sup> *La Ilustración Artística*, n° 1364, 17 de febrero de 1908.

liberales, la estrecha e incómoda relación entre ciertos lenguajes regeneracionistas y un tipo de autoritarismo moderno que en varias ocasiones ella misma identificó con las juventudes mauristas y que para algunos autores sentó las bases, entre otras cosas, del nacionalismo reaccionario que tanto tuvo que ver en la conformación del magma cultural del nacionalismo fascista español<sup>24</sup>.

.....

“Alemania nos ha lastimado, nos ha magullado, a cuantos amamos la belleza”. “No se entienda que soy germanófila (...) Yo concedo que los alemanes han hecho la guerra del modo más violento y destructor (...) La teoría de la fuerza sobre el derecho tenía que nacer allí, y allí también el teórico de las ideas primitivas, contra la compasión, la caridad, la debilidad: ese Nietzsche que tan profundamente influyó en la evolución de la conciencia de nuestro siglo”<sup>25</sup>. A pesar de que siguió manteniendo oficialmente la neutralidad y se negó a firmar ningún manifiesto, las declaraciones francófilas de Emilia Pardo Bazán se hicieron mucho más contundentes según avanzaba el conflicto: “Yo, que soy partidaria de Francia en esta contienda, y lo fui siempre, por afecto vivaz a esa nación...”<sup>26</sup>

La modulación de su discurso, entre 1915 y 1916 sigue nuevos derroteros. Aunque su fascinación inicial por Alemania nunca desapareció del todo, fue limándose de forma progresiva y en ello tuvieron un peso importante criterios que tenían que ver con la estética y con la compasión. Su desolación ante las noticias de la destrucción de Lovaina y de la catedral de Reims fue explícita como lo fue la mayor verosimilitud que fue otorgando a las “atrocidades alemanas”, que en un principio consideraba propaganda aliada. Sus crónicas, en las que siempre evita un lenguaje sentimental, recogen sin embargo una conciencia creciente de los dramas humanos de la guerra: “...hay que llorar por todos, pedir por todos, escuchar el quejido de todos...Y todos eran grandes pueblos, factores esenciales en el conjunto de la civilización”<sup>27</sup>.

En ningún momento, sin embargo, se lanza en brazos de un pacifismo cómodo. Cuando se niega a firmar el manifiesto del Comité Internacional en favor de la paz,

<sup>24</sup> Ismael Saz, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003; especialmente pp. 59- 99 y “Regeneracionismos y nuevos nacionalismos. El caso español en perspectiva europea” en Isabel Burdiel y Roy Church (eds.), *Viejos y nuevos imperios. España y Gran Bretaña. Siglos XVII-XX*, Valencia, Episteme, 1998; pp. 135-157 y Migel Ángel Ruiz Carnicer, “La modernidad retorcida. Raíces y origen de la cultura política fascista” en: Carlos Forcadell y Manuel Suárez Cortina (coords), *La Restauración y la República, 1874-1936*, Madrid, Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2015; pp. 345-375. Para la opinión de EPB sobre el maurismo, por ejemplo, “Maura (...) ha sido una ráfaga de aire sano y vivo que, en gran parte, creó pulmones juveniles de multitudes con brío y entusiasmo. Para que no se crea que hablo como maurista (...) diré que temo, al venir Don Antonio Maura al poder, que los historiadores de mañana tengan que decir que las masas mauristas fueron superiores a su ídolo” y “Ansiedades”, *La Nación* de Buenos Aires, 3 de septiembre de 1917. Ver también M<sup>a</sup> del Carmen Simón Palmer, “Correspondencia de Antonio Maura con Emilia Pardo Bazán, Sofía Casanova y Concha Espina”, *Revista de Literatura*, vol. LXX. 140(2008); pp. 625-652.

<sup>25</sup> *La Nación* de Buenos Aires, 28 de diciembre de 1914. *La Ilustración Artística*, n<sup>o</sup> 1751, 19 de julio de 1915.

<sup>26</sup> *La Ilustración Artística*, 13 de septiembre de 1915, al tiempo que reclama respeto para Jacinto Benavente, uno de los pocos intelectuales destacados que se declararon abiertamente germanófilos. A juicio de Pardo Bazán porque creían que el triunfo de Alemania suponía “el triunfo del criterio cristiano, de la causa del orden basado en principios morales...”

<sup>27</sup> *La Nación* de Buenos Aires, 7 de marzo de 1915.

no puede ser más explícita y hasta burlona: "...quien duda que es un bello sueño el que sueñan estas simpáticas mujeres? Hablan en nombre del amor, de la piedad, de la confraternidad universal; y esta cuerda resuena en todos los corazones...Y no estaríamos menos conformes con la aspiración de que hiciese siempre buen tiempo, y no hubiese enfermedades ni infecciones, y el alma humana fuese como un lago límpido, y las voluntades de los pueblos estuviesen siempre de acuerdo (...) La vida, con sus fuerzas desencadenadas y profundas, la naturaleza, regida por la inmoralidad del instinto furioso, no se adaptan, por desgracia, a este molde (...) Dudaré constantemente de la armonía entre pueblos y naciones (...) No habría cosa más pueril, (y la mujer debe evitar ante todo parecerse al niño) que creer en sentimentales aproximaciones de razas, naciones y pueblos a quienes impulsa un estímulo de engrandecimiento y de expansión comercial (...) Por eso me falta la fe. Mi adhesión al Comité, cuyas intenciones encuentro dignas, respetables, cristianas, tiene que ir acompañada de mil restricciones. Será una tontería, pero no quisiera que andando el tiempo, al ver mi firma entre las adheridas, supusiese alguien que yo esperaba en esta concordia, en esta reconciliación del hombre con el hombre. 'Homo homini lupus', dijo quien sabía lo que decía. Acaso fuese más estético aparecer convencida de que un día u otro reinarán la fraternidad y el amor, y ver en las doradas nubes alzarse, entre una apoteosis, la famosa ciudad de justicia y de ventura universal...Mas yo, realista impenitente, debo profesar que no hay nada tan bello como lo verdadero, y que la verdad, de amarga raíz, es la esencia de la vida y de la historia. Diré, pues, la verdad, o lo que por tal entiendo, a las pacifistas..."<sup>28</sup>

Para Pardo Bazán era tan necesario denunciar los horrores de la guerra como reconocer que "lo que no varía es el hecho expresivo, terriblemente hondo, de que el último recurso humano sea, efectivamente, la fuerza (...) Yo no hago apología de la guerra; pero la considero natural y no la condeno (...) las guerras han sido enormes factores de civilización..."<sup>29</sup> Unos años antes, enfrascada en su obra inconclusa sobre Hernán Cortes, le había escrito a su querido amigo y conciencia moral, Francisco Giner de los Ríos: "Cada día me enamoro más de la guerra y de la conquista, por cima de las paces insulsas de nuestros tiempos. ¿Es esto malo? No lo sé; pero acaso no importa lo malo; sólo importa lo bello"<sup>30</sup>.

Es precisamente en relación con *lo bello* cuando Pardo Bazán acaba de pronunciarse abierta y directamente por la victoria de Francia lo cual, a pesar de su hostilidad a Inglaterra, no podía significar más que la victoria de los aliados. Concedo en este sentido un valor expresivo fundamental a su conferencia en la Residencia de Estudiantes del 5 de

<sup>28</sup> *La Nación* de Buenos Aires, 28 de noviembre de 1915. En este ámbito de relación con *la verdad* deberían quizás leerse y entenderse sus manifestaciones de horror a la guerra o, por ejemplo, su conferencia sobre "San Francisco y la guerra" editada y estudiada por Cristina Patiño, *La Tribuna* n° 9, 2012-2013; pp 75-119.

<sup>29</sup> *La Ilustración Artística*, n° 1803, 17 de julio de 1916. Todo ello viene al hilo de su crítica a *España ante el conflicto europeo, 1914-1915*, Madrid, 1916, de Álvaro Alcalá Galiano, uno de los pocos aristócratas conservadores que se declaró abiertamente aliadófilo y cuyas obras sucesivas al respecto fueron reseñadas por Pardo Bazán, con resistencia a sus tesis sobre la mayor crueldad alemana en la guerra pero con aceptación creciente de su defensa de la necesidad de una victoria aliada y sus ventajas para España.

<sup>30</sup> José Luis Varela (ed.), "E. Pardo Bazán: Epistolario a Giner de los Ríos", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXVIII (2001), Cuaderno III, p. 439.

diciembre de 1916, titulada “Porvenir de la literatura después de la guerra”<sup>31</sup>. Creo que en ella, bastante antes de lo que se había estimado hasta ahora, Emilia Pardo Bazán rompe su dilema personal sobre qué era lo que le convenía a España respecto a la resolución de la guerra. Un dilema que era el que, como dijo varias veces, la mantenía neutral<sup>32</sup>. Fundada en 1910 por la Junta para la Ampliación de Estudios, la Residencia era un ámbito de abrumadora mayoría aliadófila, a pesar del impacto que sobre muchos de sus miembros habían supuesto sus estancias en Alemania. En principio podría pensarse que en una de sus fintas habituales, doña Emilia se plegaba al ambiente de su auditorio. Sin embargo, creo que no fue así, o no del todo, porque lo interesante es el lenguaje de corte estético que, finalmente, la lleva a opinar de forma clara y contundente respecto a quién había de ganar la guerra y por qué.

Su argumento es largo e incluye referencias de cariz netamente anti-humanista cuando dice que se estremece sobre todo ante “la destrucción de monumentos que hoy no nos sería dado reproducir (...) Y por eso encuentro menos irreparable la pérdida de vidas humanas que la de tesoros de arte, pues en suma la guerra, con sus mortandades, no es sino afirmación categórica de que hay muchas cosas que valen más que la vida”. Entre esas cosas, se encuentra la nueva literatura del cambio de siglo. Frente a las acusaciones de decadencia, para Doña Emilia el arte nuevo estaba lleno de algo que para ella era sustancial: el ansia de belleza y de libertad. “No fue (la última fase literaria) deliberadamente antisocial, por desdén de las teorías políticas y por cierto aristocratismo intelectual y poético que la desviaba de las multitudes; pero no acertó a reconstruir, y sólo pensó en asegurar una independencia espiritual sin trabas y en desentrañar una originalidad sin precedentes. Logró, sin embargo, reaccionar plenamente contra las limitaciones del naturalismo y añadir cuerdas a la lira de las emociones místicas, amorosas y sentimentales, revelando aspectos nuevos de la belleza, del alma y del infinito (...) Yo temo ser antisocial cuando, no obstante todo lo que en contra de ella se ha escrito, la fase decadente de la literatura me interesa en lo hondo, y siempre hallo en sus mejores documentos algo que hace vibrar mi espíritu”<sup>33</sup>.

Esa vibración particular era la que, a su juicio, podría estar en peligro en la Europa posterior a la guerra. “Temo, temo una literatura excesivamente impregnada de elementos sociales, políticos, morales y patrióticos. He dicho que la temo, aunque de ella resulte quizás un bien general, esto no lo discuto. Como artista, antepongo a la utilidad la belleza. Reconozco todos los peligros de aquel individualismo romántico que emancipó la personalidad, que reclamó para el artista y el escritor la libertad de afirmarse contra todo y contra todos; reconozco igualmente la exaltación ilimitada del tal principio en el segundo romanticismo neoidealista; pero también reconozco que son bellos y que en tales evoluciones hubo un germen vital”<sup>34</sup>.

<sup>31</sup> Cito de la edición facsimilar de Reprints from the Collection of the University of Michigan Library, s/f.

<sup>32</sup> “Para desear ardientemente la victoria de una nación, o mejor dicho de un grupo de naciones, habría que ser astrólogo. No sé leer las estrellas...”, *La Nación*, 11 de enero de 1915.

<sup>33</sup> *El porvenir de la literatura...*; op.cit.; pp. 39-40.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 41.

Todo un programa estético, personal y, de nuevo, político, apasionadamente explícito y que adoptó ecos de testamento intelectual: “Y el Arte es vida, vida intensa, hirviente, libre. Y después de la guerra, ese germen y su florecimiento individualista han de ser reprimidos y hasta condenados. ¿No notáis ya cómo todo se opone a la expansión individualista? (...) Formémonos, alineémonos, no consintamos que se salga de filas nadie (...) Recelo, recelo desde el fondo de mi alma que la literatura se impregne por completo de sentido social, de sentido humanitario, de orden y hasta de bondad (...) pues yo entiendo que en las letras hace más falta que la bondad la amargura, y es preferible a la azucarada melaza la sal de la experiencia y del humano desengaño. El arte tiene sus medios y fines propios”. Después de la guerra “pensarán y desearán hacer arte, y no harán más que moral, si es que tanto consiguen (...) Lo que hace falta averiguar es si esa literatura posterior a la guerra sabrá sacudir la imposición moralista y utilitaria, y reclamar los fueros de la libertad y la belleza. Esto dependerá, en gran parte, de la nación o naciones que triunfen. Conviene averiguar cuáles naciones nos convendrían que triunfasen, para el porvenir del Arte literario. Yo no sé si me engaña mi simpatía constante hacia Francia: pero se me figura que, para las letras, encierra menos peligros que el de los germanos, por ejemplo (...) ese cerrado patriotismo, ese culto a la acción y ese voto de obediencia social que a la nación caracterizan, serán funestas para el Arte. El Arte es cosa brava, antojadiza, indómita, y hasta cuando surge de las hondas fuentes nacionales, se resiste a consignas y encasillamientos, a rutas de antemano señaladas. El Arte es un eterno rebelde y un eterno inventor y navegante de espacios, que no puede darse nunca por satisfecho con la tierra descubierta ya.”

Mientras todo eso llegaba, o no llegaba, Pardo Bazán decide concluir aludiendo, una vez más, a famosa frase del abate Sieyès cuando le preguntaron cómo había sido su vida durante el Terror: “...y dejemos pasar estos años tristes, en que, con presenciar tantas increíbles hazañas, la hazaña mayor es acaso...ir viviendo”<sup>35</sup>. A partir de esta conferencia en la Residencia de Estudiantes, la postura de Emilia Pardo Bazán comienza a orientarse definitivamente en un sentido que ella prefirió siempre denominar *francófilo* y nunca aliadófilo. El 20 de marzo de 1917, en *La Nación* de Buenos Aires, –tras advertir a sus lectores que “entre la gente de buen tono (...) empieza a cundir el sentido del desdén hacia las exteriorizaciones de la opinión propia (...) una de las cosas de mejor gusto, más acertadas, más elegantes, que en este mundo existen”– declara: “Y yo, por ejemplo, soy francófila, y no falta quien lo sepa (...) Pero bien se alcanza a mi eclecticismo filosófico, que puede haber razones para que otros no vean el asunto como yo”<sup>36</sup>.

Con ello esperaba dejar zanjado el debate sobre su posición que fue, sin duda, comprometida, difícil y en buena medida singular. Aunque no del todo. Otros intelectuales destacados mantuvieron también una actitud distante respecto a las filiaciones estrictas de germanófilos y aliadófilos. Uno de ellos fue Eugenio D’Ors quien compartía con doña Emilia su amor por Francia, su distancia respecto a la república laicista, su admiración

<sup>35</sup> *Ibidem*; pp. 42, 44, 46 y 48. El 26 de abril de 1915 ya había utilizado la expresión de Emmanuel-Joseph Sieyès al decir, que como él durante el Terror, si le preguntaban que había hecho durante la guerra habría contestado “¡He vivido!”, *La Ilustración Artística*, n° 1739, 26 de abril de 1915.

<sup>36</sup> *La Nación* de Buenos Aires, 20 de marzo de 1917.

por Alemania y el deseo de que fuese posible reconstruir la cultura europea a partir de sus vertientes alemana y francesa. Como ella, se sentía lejano de Inglaterra y esa lejanía, junto con los argumentos clásicos respecto a la decadencia de Francia y a una Alemania protectora de los valores de jerarquía, autoridad y orden, le impidieron declararse aliadófilo. Ortega y Gasset, por su parte, abandonó la redacción de *España* cuando la revista aceptó una subvención británica y escribió que “cuando la pasión anega a la muchedumbre” el intelectual debe callar. Se mantuvo durante la guerra en una posición distante, crítica contra el “matonismo periodístico” y, aunque firmó el manifiesto de *España* en favor de los aliados, se negó a cualquier expresión de germanofobia. Esta guerra de ahora, dijo, “ha hecho perder la serenidad a los mejores” y era necesario combatir la “repugnante” disensión entre germanófilos y aliadófilos que a su juicio era “una discordia vacía, impura”<sup>37</sup>.

No todo el mundo, pues, tenía tan claro que era inmoral no definirse, no querer definirse, no saber definirse. Emilia Pardo Bazán llevó al extremo que pudo esa falta de definición y cuando finalmente tomó una postura clara no lo hizo como patriota o como mujer feminista, sino como escritora, como defensora de la independencia absoluta del arte. Aquel fue su particular manifiesto final que, como todos los finales, tiene mucho de voluntad de organizar el pasado, de dotarle de un sentido unívoco, de encauzar la fragmentación, las disonancias, las ambigüedades que constituyen la textura básica de la vida.

.....

Como ha escrito Siegfried Kracauer, “los grandes artistas son monstruosidades biológicas, históricas, engendran el tiempo que los ha engendrado”. Todos ellos tienen una cierta extraterritorialidad política y cronológica pero, al mismo tiempo, a través de sus obras, en el centro mismo del proceso creativo, se encuentran y operan las condiciones históricas de su producción, el tiempo o más exactamente “los tiempos” que colocan sus demandas sobre el autor, sobre sus elecciones y sus rechazos, sus expectativas o su terror a la indiferencia<sup>38</sup>.

Las dudas de Pardo Bazán durante la guerra, su voluntad de mantenerse en una neutralidad estricta, que evitase a la vez la germanofilia militante, pudieron deberse a muchas razones de cálculo personal y profesional pero hay en ellas algo genuino y muy característico del personaje que Miguel de Unamuno trató de definir así: “Durante la

<sup>37</sup> Jordi Gracia, *José Ortega y Gasset*, Madrid, Taurus, 2014, especialmente pp. 189-218. Para su crítica a la neutralidad como oportunidad nacional perdida, Ferrán Archilés, “Una nación descamisada. Ortega y Gasset y su idea de España durante la Primera Guerra Mundial (1914-1918)”, *Rubrica Contemporanea* 4.8 (2015); pp. 29-47. Doña Emilia aparecía entre los potenciales colaboradores del nuevo periódico de Ortega, *El Sol*. En el estudio de Ricardo Axeitos de este mismo número se analiza el sentido de su colaboración con dos periódicos, uno de ellos declaradamente germanófilo y otro algo menos definido como *La Nación* de Madrid o *El Día*. En 1918, a punto de acabar la guerra, demostró de nuevo su independencia colaborando con una publicación, de carácter sobre todo cultural, pagada directamente por Alemania, *Renovación Española*, pero lo hizo firmando tan sólo textos de orden literario muy lejanos a la temática bélica.

<sup>38</sup> Siegfried Kracauer, *Las últimas cosas antes de las últimas*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2010; especialmente las páginas 56-62 y el capítulo “Ahasverus, o el enigma del tiempo”; pp 175-194. Una revisión reciente de su obra al respecto, Susana Díaz (ed.), *Historia y Teoría Crítica. Lectura de Siegfried Kracauer*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015.

guerra, tuve ocasión de hablar con ella sobre los sentimientos e ideas que nos separaban a los llamados intelectuales y pude observar que vacilaba entre uno y otro bando, ¡que habría querido mantenerse neutral! –lo que era casi imposible– y que luchaban en ella dos tendencias contrapuestas que siempre dividieron su espíritu. De un lado un cierto instinto más que individualista, anarquista y romántico, un tiro hacia la rebeldía, y del otro lado una tendencia conservadora y aristocrática. La escritora (...) era rebelde e indisciplinada, pero la condesa, y aún más la “cacica”, permítame el vocablo –que también llevaba dentro– quería disciplina y orden, sobre todo para los demás”<sup>39</sup>.

En Emilia Pardo Bazán, en su obra y en su vida, la conciencia de la irreparable pérdida que significa la adhesión no problematizada a una pertenencia necesaria, confiere a ambas una ambigüedad y un potencial dialógico difícil de igualar entre sus contemporáneos, con la excepción quizás de Galdós. De ahí su interés actual y su originalidad, genial en muchos aspectos. Defendió siempre la libertad –que su situación de privilegio permitía pero no determinaba– para cultivar una forma personal de extraterritorialidad respecto a dos mundos que se tocaban ocasionalmente pero que eran espiritual y socialmente muy ajenos: el literario, mayoritariamente de clase media e identificado con las izquierdas, y el mundo de los salones aristocráticos de Madrid que podía ser tan rancio como banalmente iconoclasta y reaccionario. Ramón de la Serna cuenta, en una semblanza de los últimos años de su vida, como Doña Emilia abría su salón a representantes escogidos de sus dos vidas: “Su salón es magnífico –aunque sin cuadros de grandes firmas– y como el día de reunión abre la puerta que comunica con el piso de su madre, aristócratas y literatos se creen en el paraíso del gran mundo. Es obligatorio el traje de noche y los escritores que asisten vestidos de frac se ven negros para no enseñar entre chaleco y pantalón el rabillo de la camisa dura”. Si alguna vez tuvo una cierta fascinación por “la independencia bohemia y literaria” la había perdido y domesticado hacía tiempo para convertirse en “la dama obispo de la literatura española”<sup>40</sup>.

Con todo, creo que la lectura atenta de sus publicaciones durante la guerra revela que seguía alentando en ella el viejo ideal del intelectual “desmitologizador”, del zapador de mitos, del desestabilizador de verdades absolutas. Estuvo muy lejos de los dilemas morales de escritores como Stefan Zweig o Romain Rolland, que se negaron a definirse durante la primera guerra enfrentándose al precio de su independencia en Austria y Francia. Sin embargo, una y otra vez advirtió a sus lectores (recordemos que mayoritariamente conservadores y partidarios de Alemania) que en, cuanto la verdad se convierte en dogma, deja de serlo porque pierde la ambigüedad y la incertidumbre característica de la verdad<sup>41</sup>. Comprometerse con una dimensión absoluta de *lo cierto* o de *lo necesario*, por razones partidistas, morales o patrióticas, era para ella, en su sentido más profundo,

<sup>39</sup> *La Nación* de Buenos Aires, 3 de julio de 1921.

<sup>40</sup> Ramón Gómez de la Serna, *Nuevos retratos contemporáneos y Otros retratos*, Madrid, Aguilar 1990; pp. 152-163.

<sup>41</sup> Sobre estos temas reflexionó ampliamente Stefan Zweig en sus ya citadas *Memorias de un Europeo* que conviene leer para entender mejor el carácter minoritario, y la difícil posición, de los intelectuales que se negaron a tomar partido durante la I Guerra Mundial. Un caso, por supuesto, muy distinto al de España donde neutralidad y germanofilia se identificaron tempranamente.



la gran derrota. Precisamente porque Emilia Pardo Bazán desafió las convenciones y las dicotomías establecidas es por lo que resulta interesante seguir pensando en esa dimensión, profundamente política a mi juicio, de su obra y de su particular posición como intelectual en la España de su época, de sus diversas y en muchos aspectos contradictorias “épocas”.

València, 31 de diciembre de 2015.



Puesto avanzado desde el cual varios oficiales ingleses observan el efecto de su artillería y comunican a las fuerzas encargadas de ésta las indicaciones necesarias para rectificar el tiro  
Dibujo del natural de F. Matsala. (Reproducción autorizada.)

© Biblioteca Nacional de España

*La Ilustración Artística*, Barcelona, n. 1758 (6-IX-1915)

